

## LA ESPERANZA FRENTE A LA REALIDAD DE LA MUERTE DESDE LA ENCÍCLICA

*SPE SALVI*<sup>1</sup>Duber Alberto García Villegas<sup>2</sup>José Alberto Pretel Ricardo<sup>3</sup>

## RESUMEN

Todos los seres humanos tienen miedo a algo o alguien, pero la mayoría le teme a enfrentar la penosa muerte. Es un miedo al vacío, al entrar en el trance de la nada, al tránsito humano después de la muerte. Todo creyente encuentra una respuesta contundente en la victoria de Cristo resucitado, pero se trata de una respuesta que deberá irse develando, deberá hacerse camino, deberá creerse con el corazón, la Iglesia, en especial en la “*Spe Salvi*” proclama a los fieles que la vida será transformada, no se termina, no está buscando simplemente las palabras correctas y reconfortantes para los que están de luto; sino que está diciendo, tanto a los creyentes, como a todos los hombres de buena voluntad, una verdad cristiana fundamental: “Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él, sabiendo que Cristo, quien ha resucitado de entre los muertos, no muere más, la muerte no tiene más poder sobre él” (Rm 6,8-9). En este sentido, la muerte es un momento de liberación, de victoria, de alcanzar felizmente nuestra verdadera eternidad con el Padre. En este trabajo se realiza un rastreo desde diferentes aportes sobre la esperanza y la muerte, para llegar a dar las pautas pastorales en el acompañamiento y proceso del duelo.

Palabras claves: Esperanza, muerte, sentido de la muerte, escatología, vida eterna, fe.

---

<sup>1</sup> Elkin Alonso Gómez Salazar, Asesor el trabajo de grado, Docente Universidad Católica de Oriente.

<sup>2</sup> Aspirante al título de teólogo, Universidad Católica de Oriente, 2019

<sup>3</sup> Aspirante al título de teólogo, Universidad Católica de Oriente, 2019

## INTRODUCCIÓN

El presente artículo busca abordar el tema de la esperanza frente a la realidad límite de la muerte desde la “*Spe Salvi*” del papa Benedicto XVI. Como cristianos católicos se profesa en el Credo: “creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna” (Credo de los Apóstoles), en no pocos ancianos muy creyentes con frecuencia se escucha decir que se están preparando para el momento de morir porque saben que es un momento que requiere cierta aceptación y preparación, se suele hablar entonces de una esperanza, del cumplimiento de una promesa “si morimos con Él, viviremos con Él” (Rom. 14, 8). Sin embargo, al enfrentarse con la inevitable realidad de la muerte hay temor, en muchos casos crisis de fe, haciendo de este tema algo prohibido, algo de lo que es mejor no hablar. Esto que desestabiliza al hombre y prefiere evitar, suele convertir a la muerte en una situación negativa, que puede deberse a factores como: la ignorancia y la incoherencia entre lo que se cree y lo que se vive o poco conocimiento de lo que es la esperanza para el cristiano. En este momento de crisis y de angustia cuando llega este momento, entra a jugar un papel de vital importancia la fe, que le da sentido a ese paso de esta vida a la otra, la fe sostiene la esperanza de todos los hombres, pues, aunque todos caminamos por distintos caminos, coincidimos en que todos atravesaremos por este momento, todos vamos a morir, es una de las grandes certezas de esta vida.

Esa esperanza de la que nos hablan las Sagradas Escrituras, a la que nos invita la Iglesia Católica y que ha sido tema de interés para muchos autores (Bacon, Marx, Marcell, et al), ha tomado muchos matices y suele ser interpretada y definida de varias formas a lo largo de la historia. Dentro de los autores que han reflexionado sobre el tema de la esperanza se encuentra el Papa Benedicto XVI, que en el 2007 publica su carta encíclica “*Spe Salvi*”, dirigida a los pastores y a los laicos, en la cual habla y orienta sobre la esperanza del cristiano considerando a la muerte

como causa de salvación (nº 10). Es desde esta perspectiva planteada por el Papa que los autores pretenden abordar el tema de la esperanza para ésta investigación.

La carta encíclica “*Spe Salvi*” de Benedicto XVI ha sido adoptada por los estudios de teología dogmática y fundamental en gran manera, pero es necesario que dentro del espacio de teología pastoral también haya más profundización de la misma. Por esta razón es necesario generar y propiciar espacios de reflexión sobre el tema de la muerte entre los laicos, pero principalmente formarlos en el acompañamiento de los dolientes, y en lo que es la esperanza cristiana. También es necesaria la formación de agentes de pastoral que profundicen en el tema de la muerte y en el acompañamiento de los fieles, algo que en muchas parroquias ya se ha ido atribuyendo y se llama la “*pastoral de la esperanza*” en la que los fieles acogen a las personas en duelo y les brindan su cercanía durante el deceso del ser querido y posterior a este.

El desarrollo de la presente investigación es necesario porque es un tema que debe interesar a todo cristiano pues creemos en un Dios que murió pero que también resucitó, por ello nosotros estamos llamados a esperar resucitar con Cristo y alcanzar la vida eterna. También es necesario porque hay un vacío sobre el tema de la muerte y no hay una preparación para este momento por el que todo mortal debe pasar. Es conveniente para que ayude a cambiar la visión que se tiene de la muerte, a aclarar cuál es el norte del cristiano hacia quien se dirige, así como fortalecer la virtud de la esperanza del cristiano siendo útil porque se pueden generar reflexiones en torno al tema de la muerte entre los laicos buscando llevar a los agentes de pastoral a crear planes orientados a acompañar el bien morir de las personas, fortalecer la fe y la esperanza de los dolientes, así como la debida preparación personal para el momento de la muerte.

El objetivo de esta investigación es analizar el concepto de la esperanza con relación a la muerte, según Benedicto XVI en la encíclica “*Spe Salvi*”, extraer los diferentes aportes que Papa

ha hecho sobre la esperanza en la encíclica, establecer las relaciones que existen entre la esperanza y la muerte planteadas por el Pontífice y diseñar orientaciones pastorales para el conocimiento de la esperanza ante la realidad de la muerte a partir de la enseñanza del Santo Padre en la “*Spe Salvi*”.

El presente estudio tendrá una metodología cualitativa, se busca utilizar la recolección de datos sin medición numérica para descubrir o afinar preguntas de investigación en el proceso de interpretación. No se utilizarán datos estadísticos, sino que se buscará desentrañar el sentido y el significado de la esperanza dentro de la carta encíclica “*Spe Salvi*” del papa Benedicto XVI, haciendo un estudio hermenéutico de ésta, es decir; la teoría y la práctica de la interpretación (Álvarez, 2003). Se comparará también lo que dice el papa con lo que han dicho otros autores y así realizar una síntesis. Se hará una búsqueda sobre qué documentos hay que hable sobre la esperanza, sobre la muerte en la encíclica “*Spe Salvi*”.

Son muchos los libros y artículos de autores que han abordado el tema de la esperanza desde la *Spe Salvi* y que se convierten en antecedentes para el presente estudio; el artículo “La encíclica *Spe Salvi* de Benedicto XVI en la dialéctica de la esperanza activa” publicado por Mario Gutiérrez (2009, pp. 393 -422) donde el autor trata sobre cómo la esperanza es camino de vida para el cristiano y luz para el creyente. Para llegar a esta afirmación el autor hace un análisis detallado de la encíclica y la interpreta a la luz de la modernidad (Gutiérrez, 2009).

Otro antecedente es el artículo que lleva como título “Esperanza y escatología: diálogo entre la fe y la razón en *Spe salvi*” publicado por Fernando Pascual Aguirre (2008; pp. 47-61). El artículo confronta la encíclica *Spe Salvi* del papa Benedicto XVI con varios autores filosóficos que hablan de la esperanza (Aguirre, 2008).

También se encuentra el artículo; “Una recepción teológica de la *Spe Salvi*” publicado por Martín Gelabert Ballester (2008; pp. 31-46). Este deja entrever que el sufrimiento hace parte

del hombre por ser un ser terrenal, que ayuda a madurar a las personas y que solo haya su respuesta en Cristo y en su Resurrección; abre un futuro a lo que no tenía futuro. El autor hace una recepción teológica del texto papal en la que hace una observación y lo interpela (Gelabert, 2008). El artículo: “Síntesis y comentarios Bíblico a la encíclica *Spe Salvi*” publicado por José Antonio Caballero (2008; pp. 7-30). Habla de cómo la esperanza proyecta al hombre hacia una realidad futura, personal y colectiva que se define como una unión con Cristo muerto y resucitado. El autor muestra la esperanza en la encíclica *Spe Salvi* y la fundamenta desde las Sagradas Escrituras (Caballero, 2008).

Entrando en materia es necesario decir que en el ser humano y la muerte siempre hay un vacío, un temor de afrontar esa realidad límite, miedo que se produce por el poco conocimiento que se tiene de ello o del escaso juicio cristiano que se tiene de esta realidad final de la vida en el mundo. Sin embargo, cuando se habla del ser humano es bueno reflexionar sobre todo lo que en él converge, es allí donde cabe la creencia como parte necesaria de la vida humana, esta afirmación que da apertura a la virtud de la esperanza que gratifica la finitud corporal; pues ésta en el creyente da un bálsamo para comprender que con la muerte no ha terminado todo, “según la fe cristiana, la redención, la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido que se nos ha dado la esperanza” (Benedicto XVI, 2007, Pág. 1).

#### APORTES ANTROPOLÓGICOS EN LA *SPE SALVI*

En el concepto antropológico, la esperanza juega un papel muy importante: fundamenta al hombre y lo prepara para varias circunstancias de la vida, aunque el ser humano sea un individuo aparentemente solo, la esperanza, es un aliciente a la soledad como individuo, ayuda a enfrentar las dificultades que el hombre puede tener en el recorrido de la vida.

Al hablar de la esperanza en la “*Spe Salvi*”, el autor interpreta de una forma sustancial el término esperanza, en cuya palabra converge toda la encíclica, siendo concepto clave para que, de

una u otra manera, el hombre comprenda la necesidad de una creencia y más aún de una conciencia que trascienda de una conciencia lineal<sup>4</sup>, ya que de una manera muy humana se sincroniza la existencia con la esperanza, pues ésta es causal de que el individuo siga de pie, forjando un futuro promisorio para la vida, que no decaiga frente a las vicisitudes que esta le presenta, que lo mantenga siempre listo y preparado para soportar cualquier tipo de dificultad, ya sea psicológica o corporal.

En este punto se hace necesario traer a colación la introducción de la encíclica, para entender un poco el tema de esperanza en relación con la antropología:

Según la fe cristiana, la «redención», la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino (BenedictoXVI, 2007, pág. 1).

Para el autor, el hombre es un ser para la vida, Cristo quiere continuar esa vida, el hecho de su muerte no es algo que fuese en vano, es así como la redención de Cristo juega un papel importante para salvaguardar al hombre, transmite una pedagogía al ser humano, lo confronta y lo pone en el punto exacto para entender algo que va más allá del conocimiento, del razonar del hombre, lo prepara para enfrentar la finitud humana; la redención es aceptar que nuestro presente no muere, sino que se transforma a una vida nueva.

Con el fin de comprender al hombre antropológica y filosóficamente, desde la encíclica se esbozan tres principios fundamentales Amor, verdad y belleza, al vivir estos verdaderos principios, el hombre concibe la racionalidad de aceptar de una manera más simple y libre que

---

<sup>4</sup> Conciencia lineal es hablar de una conciencia sesgada, acartonada.

hay una eternidad, que después de los conflictos, de las dificultades hay una libertad absoluta que es la verdad; la existencia tiene un fin corpóreo, la muerte y la esperanza un trasegar llamado eternidad

Para Benedicto XVI hay una clara conexión entre verdad y vida, para él la antropología es una búsqueda de sí mismo en los actos buenos del ser humano, esto refleja la imagen de Dios, un Dios que da esperanza y que, de una u otra condición, mantiene firme la temporalidad frente a las penas humanas.

Hay un principio que ayuda a entender con más aceptación la idea de ver en Cristo una verdad “Busca su rostro” (Sal 26:8 Nuestra Sagrada Biblia 2011) Se acentúa la imagen de Dios para dar apertura a la perspectiva, quien haga las cosas como Cristo vive la forma humana de ascender a la plenitud que glorifica, pues es Jesucristo el verdadero Hombre.

Es preciso que el hombre salga de sí mismo y viva “para” los demás, especialmente para Jesucristo; que viva para la esperanza y para la eternidad” (Fernández, 2014, pág. 11).

Para Ratzinger, el estar dispuestos frente a las circunstancias de la vida y más aún frente a los sucesos de la muerte ayudan al hombre a prepararlo para la existencia en la eternidad; el hombre requiere de un conocimiento más abierto frente a las expectativas de la muerte, al prepararse concibe la esperanza como ayuda y es el elixir de entender de una manera más justa que la vida es etérea y que al conocer y entender que la muerte es parte elemental de vida se acepta claramente y se pone como esencia la esperanza. Es así, como se deja entre ver que la esperanza es una visión del hombre a futuro “una explosión del amor que desato el vínculo hasta entonces indisoluble del morir y devenir inauguró una nueva dimensión del ser de la vida” (Fernández, 2014, pág. 14).

El concepto antropológico con relación a la esperanza deja entre ver que el hombre para poder realizarse necesita de una razón esencial para darle sentido a la existencia, cabe aclarar que

el ser humano cuando comprende cosas tales como la finitud, abre el intelecto para dar apertura a contemplar la vida de una manera positiva, con un objetivo que edifique el trasegar de la vida. “La esperanza está presente y operante en la consciencia, el ser humano tiene consciencia de su finitud, de su negatividad, de su contingencia, pero tiene consciencia igualmente de su positividad” (Acosta, 1993, pág. 20).

### Aportes eclesiológicos

La eclesiología permite al ser humano mantener su fe y sus creencias, mantiene la custodia de la fe cristiana, estando al servicio del hombre, en ella la esperanza se resguarda y se pone de manifiesto a los creyentes, sin esta la esperanza no tuviese una dirección y se perderían las creencias humanas; para Ratzinger “la Iglesia es pueblo de Dios y cuerpo místico de Cristo, en el que el cuerpo Eucarístico del señor es precisamente el sacramento, de la unidad” (Ocáriz, 2009, pág. 2). En este contexto es bueno analizar que la unidad no solo depende del hombre, sino que debe haber una conexión primera con Dios, Él es la intercesión divina por la cual se une lo humano a lo trascendente<sup>5</sup>, sin este binomio no se comprendería la esperanza, se estaría en un sinsentido, es más, no hubiese eclesiología o por ende no se tuviera doctrina.

Al hablar de Iglesia es necesario pensar en todos quienes la conforman y lo que precisamente mantiene esa unidad entre los creyentes y la misma religión, en este punto no se puede dejar de lado la Eucaristía que es el alimento sagrado que da vida y fortaleza a los cristianos, es el pan eucarístico el dador de esperanza, que reconforta en los momentos difíciles y que confirma la presencia del Dios vivo y resucitado, la Eucaristía es la promesa de Dios de una vida eterna, de una plenitud perpetua; mientras la comunidad se alimenta del pan eucarístico, la iglesia estará fuerte y la esperanza viva dentro de cada una de las personas que creen y saben que Dios mira a su comunidad con ojos de misericordia y amor.

---

<sup>5</sup> Lo humano y lo trascendente es un binomio para comprender la esperanza.



“La Iglesia, nueva comunidad visible de salvación, ha nacido de la eucaristía del cuerpo de Cristo, y es en la eucaristía donde la iglesia tiene su permanente centro vital” (Ocáriz, 2009, pág. 2). Es importante mirar la Iglesia como fuente de preservación de un suceso que se dio hace más de 2000 años, en el cual se conmemora de una forma circunstancial la eucaristía, que hace partícipe al hombre de una salvación infinita y da apertura a la verdadera esperanza; ya lo dijo Ratzinger: la salvación ha nacido de la eucaristía, sin ella no se puede mirar una esperanza perenne de vida eterna, es Cristo eucaristía fundamento de vida, quien pertenezca a él tendrá vida eterna.

La comunión eucarística nos lleva a la comunión con Cristo y con su iglesia, para al fin llegar a la misma comunión de todos con Dios, de manera que para la salvación la necesidad de la iglesia coincida con la necesidad de la eucaristía (Ocáriz, 2009, pág. 3).

La necesidad de la Iglesia no es otra cosa que ser uno, en primera medida con Cristo, después con el hermano, es mantener firme la esencia de ser unos injertados en Cristo, la nueva esperanza de salvación y vida eterna; al mantenerse unidos, tanto eclesial como espiritualmente, el ser no tiene cómo separarse de lo trascendente, es una ayuda constante de mantenerse firme, como creencia y como aceptación de una trascendencia espiritual que es Cristo vivo y resucitado en la eucaristía.

Es precisamente en la conformación de la Iglesia donde se da ese acto salvífico, donde se hace perdurable el sacrificio de Cristo en la cruz, ya que la «Iglesia es Eucaristía, Esto implica que la Iglesia proviene de la muerte y la resurrección» (Ocáriz, 2009, pág. 3), es en síntesis la Iglesia sacramento de salvación. Para mantener esa fe eucarística, se requiere del contexto de salvación, en ella se denota la función de Cristo como redentor, el hecho de su muerte y resurrección es la acción fehaciente de que en la eucaristía se mantiene viva la fe; es la presencia en el ahora del Cristo vivo y resucitado en una hostia, algo metafísico, que se explica por medio

de la fe concatenada a la esperanza, un signo visible de la gracia invisible instituido por Cristo para la glorificación humana.

“La Iglesia es, no sólo Comunión sino, además, sacramento de la Comunión: Es la Comunión entre los que reciben la gracia salvífica y el instrumento mediante el cual Cristo dona esa gracia a los hombres” (Ocáriz, 2009, pág. 14). Se requiere de esa donación para dar a entender que hay una gracia que santifica al hombre, la comunión es la forma de entender que hay una donación que no requiere nada a cambio que se da por el amor que Dios da a sus hijos, esa donación en comunión se hace eficaz cuando se acepta a Cristo vivo, es una esperanza de vida eterna.

La Iglesia es más que el Papa, los obispos y los sacerdotes, que todos aquellos que están investidos del ministerio sacramental (...) De ella forman parte los hombres de todos los lugares y de todos los tiempos, cuyo corazón, esperando y amando, tiende hacia Cristo (Ocáriz, 2009, pág. 6).

Es de aclarar que el Papa muestra de una manera integral que todos son Iglesia, que no es solo el magisterio el que está sujeto a ella, son todos los hombres de buena voluntad y que aceptan a Cristo como cabeza de la misma; sin Cristo no hubiese profunda aceptación de Iglesia y sin Iglesia no hubiese concepto de esperanza.

La eclesiología es donde la esperanza reposa, donde se mantiene firme la fe y se acepta al otro como hermano, es la muestra efectiva de la salvación que da Cristo y la conexión de vida en comunidad.

#### Aporte Teológico

Desde la teología siempre se ha visto una relación estrecha entre fe y esperanza, ya que desde la misma resurrección de Cristo se llega a entender una vida más allá de la muerte y esto se refirma con la creencia de un Cristo vivo y resucitado que con su enseñanza de vida permite a los

cristianos aceptar la muerte, y a su vez la trascendencia de la misma. Como lo afirma la misma *Spe Salvi*:

En este caso aparece también como elemento distintivo de los cristianos el hecho de que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente (BenedictoXVI, 2007, pág. 1).

Es en este punto donde la fe es la encargada de dar ese toque de esperanza de un futuro prometedor al lado de Cristo, que la vida no termina con la muerte, al contrario, trasciende para la vida eterna, por esto es importante dar una mirada teológica a la esperanza que como cristianos se tiene de una vida en plenitud.

La relación de la teología con la esperanza se constituye en las Sagradas Escrituras, son ellas las que iluminan la verdad y ocupan un papel importante por ser inspiradas por Dios, ahora bien, qué más preciso que la sagrada escritura para comprender la teología en correlación con la esperanza, en ella convergen todas las hazañas de un pueblo que padeció el dolor y la angustia de un exilio, de un Cristo que dio su vida pasando por un montón de sufrimientos para mantener la humanidad.

Existen capítulos que van desentrañando esta relación de esperanza y teología como el ejemplo de la promesa que Dios hace a Abraham de tierras e hijos que a pesar de que a él no le toca ver tal promesa, a Moisés si y ve de cerca lo que Dios había prometido a Abraham (Gen 12:2-3 Nuestra Sagrada Biblia 2011).

La esperanza no se basa en simples cosas abstractas, la esperanza en las Sagradas Escrituras es una señal que mantiene segura la realidad de la vida, es Dios quien pone de manifiesto esa realidad; al entre ver cómo interviene la Sagrada Escritura y como actúa para

suavizar la idea de la muerte por medio de la esperanza; se reconoce que es hecha para ayudar a las angustias que puede pasar el ser humano.

Después de ser vista la esperanza desde las sagradas escrituras, es necesario verla como semilla teológica, cuyo principal fundamento es la vida eterna, es el acto de un Dios que no puede fallar, es la fuerza que hace que el creyente no pierda las expectativas de vivir y realizarse, que mire el futuro de otra manera más optimista y sin perder el verdadero rumbo de la existencia humana. La esperanza es netamente Teologal ella es la fuente firme y presente de la vida efectiva del hombre, Como se precisa en la *Spe Salvi* “La esperanza corresponde el anhelo de la eternidad” es un anhelo que no admite ninguna duda y que va más que ligada a la teología, al principio efímero del hombre de vivir de una manera más digna y con un sentido ameno de expresar la alegría de existir<sup>6</sup>.

Martin Gelabert afirma sobre la encíclica *Spe Salvi* “El hombre necesita de Dios, de lo contrario se queda sin esperanza, pues un reino solo del hombre desemboca en el final perverso de todas las cosas” (Gelabert, 2008, pág. 14). Esto ayuda a mirar que las funciones teológicas van a fin de una educación humana; para el hombre le es difícil tener una existencia sin Dios, es un desligarse de lo que hace que el ser sea bueno, no obstante Dios es la fuente asertiva de la moral al permear en el hombre.

El concepto de Dios es el resguardo de las buenas conductas, así como la teología es fuente de inspiración de Dios en los hombres, así mismo es la esperanza fuente que reafirma ese Cristo en cada uno de los que viven la creencia.

Para Ratzinger el centro de la teología es Cristo, presente en la escritura y en la liturgia y su relación con la iglesia y con María (Blanco, 2012, pág. 1).

---

<sup>6</sup> El descanso del hombre es saber que hay esperanza.

La manera de ver a Cristo es fundamental para explicar la Teología, en Él se reafirma las actitudes del ser humano, quien vive como Cristo comprende la Teología de lo humano, de lo sensible y lo trascendente; en este punto es necesario referenciar a Benedicto XVI, ya que para él es de suma importancia “el significado de Amor, Verdad, Belleza y esperanza, la teología de la cruz y la encarnación del Jesús de la historia” (Blanco, 2012, págs. 1-31). Es fundamental la presencia de Cristo para entender la teología, es Cristo el que sube al madero para regalar el perdón, es Cristo el que con sus obras enseña la verdadera esperanza, es Cristo el patrón de medida que define al hombre en sus actos, en Cristo se reúne un contexto vital filosófico Amor, Verdad y Belleza, estos tres principios que definen en términos humanos a un verdadero Dios.

Se trata no de un dios cualquiera, sino del Dios que en Jesucristo ha manifestado su amor inquebrantable al ser Humano y también su poder sobre la muerte y al resucitar a Jesús, mostrando así un camino más allá de la muerte, de ahí que la esperanza está estrechamente ligada al tener a Dios consigo (Blanco, 2012, págs. 1-31).

Este texto vislumbra una realidad de mostrar a Jesucristo como camino fundamental de la teología y la esperanza como causalidad depositaria de la fe.

Es bueno aclarar que no es cualquier dios, es un Dios que tiene como fin restaurar al hombre y darle una trascendencia a fin de mostrar una re significación en la existencia, es un Dios que crea, que perdona y que consuela; Trinidad que es absoluta, que no desmiente su humanidad y su divinidad, que está en lo metafísico del pasado y el futuro y aún más en el hoy por medio de la eucaristía; es un Dios que no se extingue.

En este punto se hace necesario retomar unos principios teológicos que permiten dar una mirada más amplia a la teología, estos principios son el magisterio, la tradición y la Sagrada escritura; para Ratzinger son consecuentes uno del otro, pues el uno concatena al otro para dar explicación abierta de los sucesos y creencias. El magisterio como depósito de la doctrina, y la fe

como se había escrito en otrora, la tradición como fuente viva de los sucesos que han trascendido en la historia, ayuda a mantener viva la creencia humana y la validez frente a pasos futuros, es mostrar que eso en lo que se cree si existió, que lo que se habla de Dios es verdadero y la Sagrada Escritura es la terminación absoluta de la enseñanza, moral y estructural de la teología.

### RELACIÓN ESPERANZA-MUERTE

Vida eterna, muerte, inmortalidad, son algunos de los temas que a través de la historia han conducido al hombre a una reflexión profunda sobre el sentido de su vida, y a una comprensión muchas veces condicionada por su entorno social, cultural y religioso. Sin embargo, muchos prefieren no detenerse a pensar en ello, ya que en muchos casos es naturalmente causa de angustia y desconcierto, pues aunque la muerte sea una realidad incambiable e irremediable en los seres humanos, solo es posible contemplar la vida eterna desde una mirada de fe y no desde meras especulaciones que hacen al hombre más finito y apocado, esto hace que el hombre de hoy prefiera evitar pensar y acercarse con libertad y tranquilidad a su aparente realidad límite.

Se habla de esperanza, y se espera que las situaciones negativas del hombre y de dolor cambien o desaparezcan, todos escuchamos y aceptamos con agrado las palabras que nos motivan a salir adelante y superar dificultades en esta vida; da la impresión de estar reviviendo el cuadro de Pablo en el areópago, donde los griegos escuchaban atentamente al apóstol de los gentiles que les hablaba del dios desconocido, pero que al hablarles de la resurrección de los muertos le dijeron: “otro día te escucharemos hablar de eso” (Hch. 17, 16-34). Así mismo parece estar sucediendo cuando el inevitable tema de la muerte hiere muchas veces la sensibilidad de las personas, evitando y posponiendo el enfrentarse con la situación por la que todos los seres humanos tendremos que pasar.

Situaciones de sufrimiento, dolor, abandono y vacío acompañan el entorno de dicho suceso, dejando a la vista no un acontecimiento natural sino algo negativo, una desgracia. Esto

cierra muchas veces la puerta para ver el lado positivo, opacando la expectativa de lo que hay después de ese trance, llenando a los hombres de desesperanza y con el deseo de alcanzar la vida eterna, pero sin querer padecer el dolor causado por la muerte. “Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva” (Benedicto XVI, 2007, pág. 86), pues la desesperanza es propia del Cristiano que ha recibido el anuncio de Cristo, por tanto debe confiar y esperar en él.

Hay diversas definiciones del concepto de la esperanza, desde el ámbito cristiano, la encontramos presente en las Sagradas Escrituras, uno de ellos: “¿Por qué voy a inquietarme? ¿Por qué me voy a angustiar? En Dios pondré mi esperanza, y todavía lo alabaré. ¡Él es mi Salvador y mi Dios!” (Salmo 42:11), (Rom. 15, 13; Heb. 11,1; Mt. 11,28). Cuando se conoce fielmente la creencia todo lo que aflige al creyente como es el proceder de la muerte tiene un sentido de trascendencia que glorifica y redime.

El mismo Catecismo de la Iglesia Católica la define como:

La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo (CEC; 1817).

También en la tradición patristica se encuentran varias iluminaciones en relación la esperanza, san Agustín habla: “La esperanza es necesaria durante la peregrinación; es ella la que nos consuela en el camino. El viandante que se fatiga en el camino soporta la fatiga porque espera llegar a la meta“(San Agustín de Hipona, sermón 158,8). Representa la necesidad que tiene el ser humano para seguir en una vida plena en relación con sus problemas, San Agustín aclara que si se quitara esa fuerza que lo anima a seguir, la esperanza perdería todo su sentido.

En la encíclica *Spe Salvi* el papa Benedicto XVI ayuda a poner los ojos en la esperanza y cómo aplicarla en el concepto cristiano. En ésta se comprende cómo el Papa concibe la esperanza desde todos los ámbitos de la existencia, partiendo de confrontarla con el fracaso hasta ponerla cara a cara con el dolor de la muerte y la redención.

Este análisis en torno a la esperanza desde la *Spe Salvi* abre campo para mirar el punto de vista de José Antonio Caballero (2008) según el cual: “ha de tomarse en cuenta que la esperanza proyecta al hombre hacia una realidad futura, personal y colectiva, que se define como una unión plena y definitiva con Dios en Cristo muerto y resucitado” (pag.8). El autor relaciona la esperanza con el plano antropológico, pues entiende que esta permite preparar al hombre en sus circunstancias particulares para vivir en plenitud con Cristo resucitado, con esto se muestra que la muerte no es el final de la existencia, sino, que hay una resurrección.

La esperanza abre al hombre hacia la resurrección, es camino para llegar al encuentro con Cristo resucitado. Por tanto la esperanza para el cristiano, debe convertirse en motivo de alegría, pues lo libra de la angustia y el vacío con los cuales confronta la muerte. La muerte ha sido vencida, en Jesucristo el hombre es pleno.

El Papa cita en la carta encíclica una frase de San Ambrosio donde llama la muerte “causa de Salvación”, (2007, Pág. 8 n°10) pues reflexionando sobre el sentido positivo de la muerte dice que es necesaria, de lo contrario estaría en peligro la tierra y en una condición imposible la raza humana, (Benedicto XVI, 2012) esto debe llevar al hombre a pensar en lo imprescindible que es el trance vida-Vida en plenitud, al que llamamos muerte, y lo perfecto que es el plan de Dios.

Los padres de la Iglesia fueron cultivadores de la fe y promotores de esperanza entre sus fieles en lo que al tema de la muerte se refiere: la certeza de la vida plena en Jesucristo después del destierro de este mundo y la claridad de la condición de peregrinos en marcha al cielo los movía a invitar a los fieles a prepararse para el momento de la muerte. Éste fue tema de homilías



y sermones los Santos Padres como San Justino, Tertuliano etc. en los que la fe en los goces eternos ensombrecía un poco la tragedia de la muerte dando lugar a la tranquilidad y la serenidad, y no al miedo y a la desesperanza; “la obligación del cristiano no es más que la de estar en constante preparación para la muerte” [San Ireneo de Lyon].<sup>7</sup>

Es evidente que la preocupación del hombre de hoy es vivir bien los días aquí en la tierra; centrado en el ya y en el ahora, ha ido olvidando que esta vida terrena no es la vida definitiva, arrebatándole parte del sentido de lo que vive, pues aunque la vida eterna no sea lo único que le dé sentido a lo que el hombre vive aquí en la tierra, sí debe vivir su existencia terrena en función de la eterna, sumando a su vida un anhelo y una sed de eternidad, ligando entre las dos vidas el sentido y la continuidad.

El papa Benedicto XVI en su libro “La alegría de la fe” (2012) dice que esta sociedad ha perdido el encanto y lo atractivo de la vida eterna, “No hay el deseo de vivir eternamente, por el contrario encontramos un rechazo por la fe en la vida eterna. la cual les parece más bien un obstáculo” (2012, p. 124). De esta manera, la vida eterna se convierte ya no en un don sino en una condena y la muerte en algo que se quisiera ir aplazando; la esperanza «queda bloqueada por una muerte sin escatología (Tamayo, 1993, p. 35).

San Ambrosio en el sermón fúnebre de su hermano difunto Sátiro dice: “Es verdad que la muerte no forma parte de nuestra naturaleza, sino que se introdujo en ella; Dios no instituyó la muerte desde el principio, sino que nos la dio como un remedio” (Benedicto XVI, 2012, P. 124). De éstas palabras de san Ambrosio, el papa Benedicto se aferra para justificar el sentido de la muerte, pues una vida sin un límite sería “algo aburrido y al final insoportable” (Benedicto XVI, 2012, P. 124). Por esta razón, continua diciendo el obispo de Milán: “no debemos deplorar la muerte, ya que es causa de salvación” (Benedicto XVI, 2012, P. 124). Pues no tendría sentido

---

<sup>7</sup> <https://es.aleteia.org/2016/06/28/10-inspiradoras-citas-de-san-ireneo/>

hablar de vida eterna si la vida terrena no tuviera un límite, y no hablaríamos de resurrección y salvación si no estuviera en la vida de los hombres la realidad última de la muerte.

Frente a la realidad de la muerte, está la certeza por fe, que tendremos vida en Jesucristo, y es esta certeza lo que nos lleva a la aceptación dicho trance, pues en el fondo, a pesar de nuestros miedos todos deseamos la bienaventuranza eterna prometida por Él.

Este acontecer irremediable de la vida al que llamamos muerte, afecta sin distinción a todo cuanto vive en esta tierra y con mayor razón al hombre sin importar la raza, nacionalidad, sexo o religión. Cada cultura vive la muerte de manera diferente, la asume y la acepta; así mismo cada religión percibe y vive ese paso según su fe y su esperanza manifestada en la diversidad de ritos y creencias. Es interesante ver en conjunto las diferentes concepciones escatológicas sobre lo que acontece con el hombre después de su muerte. Cada religión en el mundo tiene concepciones muy concretas de lo que acontece después de dar ese paso o de pasar la puerta de al lado, en palabras del papa Francisco. “La vida no termina con la irrupción de la muerte, pues entonces comienza otra vida, a la que muchas veces se le atribuye un valor superior al de la vida terrena” (Tamayo, 1993, p. 35).

Las religiones tienen como misión dar respuesta al hombre sobre el problema más apremiante e irrenunciable de la humanidad, que es la muerte. Las respuestas no han sido uniformes y han ido madurando con la experiencia y con el tiempo, tornando en general a pasar de un pesimismo trágico a un optimismo en la esperanza de un bien venir después de la muerte. La respuesta más extendida y la más común entre las religiones es la de la inmortalidad, adornada de matices muy diferentes entre las religiones lo que dificulta reducirla a la unidad, pero lo que sí es común en todas ellas es que tienen de trasfondo la búsqueda de la salvación, expresada en términos de vida.

En religiones antiguas como la egipcia, no todo fue optimismo, se creía poco o nada en la inmortalidad y había una infravaloración religiosa de la muerte desembocando en un pesimismo y agnosticismo (Tamayo, 1993, p. 36). Para ellos la vida después de la muerte era una continuación de la vida en la tierra y se cierra a la idea de un futuro nuevo. En el Hinduismo, irrealidad y oscuridad se corresponden con la muerte, mientras que realidad y luz equivalen a inmortalidad. Ésta religión establece una disociación ontológica entre alma y cuerpo donde lo que se busca es liberar el alma para alcanzar la salvación. Entre las ideas escatológicas de la religión Irania, encontramos un optimismo en la que se proclama el triunfo del bien sobre el mal y la doctrina de la resurrección de los cuerpos (Tamayo, 1993, págs. 36-42).

El Budismo posee una de las más claras expresiones de la salvación con la creencia en la transmigración y la esperanza en la felicidad divina en el cielo, señalando un estado final satisfactorio de liberación después del paso por este mundo. En el Islam el más allá es la idealización de esta tierra, el más acá liberado de defectos. Aquí no existe una esperanza separada de la historia. (Tamayo, 1993, pág. 51)

Es evidente que la doctrina sobre el más allá de la muerte en muchas de estas religiones no cristianas carece del sentido del devenir histórico abierto a un futuro nuevo, en ellas se espera la repetición de la vida presente. Todas estas religiones aunque poseen una elaboración de los éschata con unos u otros matices, se aprecia la ausencia del éschaton (Tamayo, 1993, pág. 51). La diferencia que marca el cristianismo en el campo escatológico es que se espera una vida nueva, una vida plena, la bienaventuranza eterna donde no habrá sufrimiento, ni dolor, una vida donde reina el amor y la gloria de Dios. Aquí no se trata de un mero positivismo que duerma la conciencia y engañe la esperanza del cristiano, sino que es una convicción por fe y una promesa de Dios revelada a los hombres de manera progresiva a través de la historia y confirmada por Jesucristo en su paso por este mundo. Otra diferencia de la visión escatológica del cristianismo

con otras religiones es que mientras los otros esperan un paraíso de bienes y placeres que se encuentra después de la muerte, los cristianos tienen claridad de lo glorioso de la otra vida en Dios, y que puede empezar a vivirla incluso en los días terrenos, como adelantando parte de la gloria que será vida plena después de la muerte.

Ante esta realidad de la muerte, como un irrenunciable de la existencia humana, aparece la esperanza como la certeza de una vida plena después de esta vida mortal, y la muerte como un medio, una leve corrección donde se permite alcanzar lo que ya está en el corazón del hombre: la sed del encuentro con Dios. Este es el argumento fuerte de la encíclica. La esperanza no está allá, está en el corazón, está en la vida, está en el ser y solo se proyecta, y alcanza su plenitud después de la muerte. La esperanza desvirtúa y tumba el miedo a la muerte pues ella anhela un encuentro con el Dios de amor, lleva a desear un estado mejor, colma la sed de infinito y la sed de Dios que tiene el hombre. La esperanza conlleva al hombre a ver la realidad de la muerte como algo relativo, un trance leve por el que hay que pasar para llegar al cumplimiento de la esperanza. Aquí la muerte ya no es pérdida, sino que se convierte en ganancia, como dice san Pablo. (Flp. 1,21).

#### PAUTAS Y ORIENTACIONES PASTORALES

Después de abordar en los capítulos anteriores la relación muerte-esperanza, y de haber realizado diversas reflexiones sobre el papel de la esperanza en el aspecto antropológico, donde ésta prepara al hombre ante circunstancias inaplazables y desconcertantes como la muerte, que actúa como aliciente para seguir viviendo y esperar después de la muerte la vida plena; desde lo eclesiológico la esperanza sostiene la fe de la comunidad cristiana; y en el concepto teológico el cumplimiento de una promesa de salvación, en este capítulo se hace necesario analizar más de

cerca cómo afecta al hombre la realidad de la muerte<sup>8</sup>, cómo la esperanza cristiana ayuda en esos momentos, las fases de la elaboración del duelo y finalmente se hará una propuesta pastoral.

Algunos de los aspectos del hombre que más se ven afectados cuando se encuentra con el suceso de la muerte son el psicológico y espiritual. La muerte representa un trauma, una realidad de choque, un límite, el final del existir. El desconcierto, el miedo y el vacío sacuden al hombre cuando se encuentra frente a una realidad que no se puede evitar y mucho menos aplazar<sup>9</sup>, es por esto que el hombre se ve afectado, cuando se encuentra con el suceso de la muerte es desde su psicología y su vida espiritual; estos elementos suelen conducir en la mayoría de los casos a crisis de fe, decaimiento o a una profunda depresión.

Esta crisis espiritual es muchas veces inevitable, y se debe atender y asistir; es necesario para esta tarea tener conocimiento de cómo se vive un duelo, comprender y acompañar en cada una de las etapas de su elaboración, entender que la negación de Dios y la lucha con sus designios en estos momentos es parte del proceso natural del duelo, por esta razón no cualquier persona de buena intención puede acompañar a los dolientes, las personas que deben animar la fe y fortalecer la esperanza de éstos deben ser personas que han entendido el trascender de la muerte.

El acompañamiento tiene su sentido, su misión y su eficacia en la medida en que el doliente acepte e intente comprender que ha emprendido un proceso de superación de un trauma y que le hace bien vivirlo con la ayuda de alguien que le anime en la fe, en orden a la resignificación de la esperanza. Quien se dedique a acompañar este tipo de proceso debe tener una preparación para comprender el dolor y el sufrimiento, ya que en esos momentos de duelo el doliente empieza a vivir todo un proceso en el que cambia por completo su vida y va desde la

---

<sup>8</sup> No solo la muerte de un ser querido sino la propia muerte.

<sup>9</sup> Nos referimos no al tema de la “distanacia” o “ensañamiento terapéutico” que busca tratar de alejar el proceso de muerte con tratamientos o apoyos tecnológicos prolongando así la agonía y por ende el momento crucial de la muerte.

asimilación de lo sucedido, procurando la aceptación. Lo importante es acompañar con respeto, paciencia y fortaleza; en estos momentos quien vive la experiencia de la muerte siente dolor, vacío, oscuridad y desolación, la sensación que se ha derrumbado su propia vida. Aquí la compañía de los otros debe ser imagen de la presencia activa de Dios como lo dice el salmo: “Aunque camine por cañadas oscuras nada temo porque tú vas conmigo, tu vara y tu cayado me sostienen...” (Sal 23 [22], 1-4). El llamado para quien decide acompañar en una “pastoral del duelo” es la de ser pastor, conducir a las fuentes tranquilas de la fe y descansar en los verdes pastos de la esperanza, que permita llevar al doliente hacia la aceptación y comprensión del suceso de la muerte.

El papa Benedicto hablando de la desesperación en estos momentos de oscuridad y tristeza y citando este salmo dice del pastor:

El verdadero pastor es Aquel que conoce también el camino que pasa por el valle de la muerte; Aquel que incluso por el camino de la última soledad, en el que nadie me puede acompañar, va conmigo guiándome para atravesarlo: Él mismo ha recorrido este camino, ha bajado al reino de la muerte, la ha vencido, y ha vuelto para acompañarnos ahora y darnos la certeza de que, con Él, se encuentra siempre un paso abierto. Saber que existe Aquel que me acompaña incluso en la muerte y que con su «vara y su cayado me sosiega», de modo que «nada temo» (cf. Sal 23 [22], 4), era la nueva «esperanza» que brotaba en la vida de los creyentes (BenedictoXVI, *Spe Salvi*, 2007, pág. 5).

Este aporte del pontífice deja ver entre líneas que quien se dedica a esta labor pastoral del acompañamiento debe tener conocimiento del dolor, saber qué hacer y cómo reaccionar en estos momentos, ya que a imagen del buen pastor debe acompañar, consolar, reconfortar y animar. Es una gran responsabilidad, pues aunque el Espíritu Santo va haciendo su obra interior consolando y asistiendo al doliente, del obrar y del saber acompañar del pastor depende en gran medida la

buena elaboración del duelo, un mal acompañamiento dejaría como consecuencia más vacío, culpa y resentimiento consigo mismo y hasta con Dios.

Es necesario conocer cada una de las etapas por las que una persona pasa cuando pierde a un ser querido o cuando se acerca al momento de la propia muerte, para así acompañar e indicar pautas y caminos, respetando el ritmo y la forma en que la persona elabora su duelo.

Dentro de las etapas que se proponen se pueden enumerar las del duelo<sup>10</sup> estudiadas por Elizabeth Kübler-Ross (1969) (Barón, 1996) que sugiere que los seres humanos pasan por cinco etapas distintas al enfrentar su propia muerte y/o la de un ser querido. Las etapas en un proceso de elaboración de un duelo, aunque suele ser variable en muchas personas, se puede percibir que en la mayoría el proceso es muy parecido y coinciden en las mismas etapas.

**Etapas de la negación:** En primer lugar hay una negación y un rechazo por la situación vivida, este momento o fase amortigua el choque emocional causado por la muerte y aplaza parte del dolor. Esta etapa puede durar mucho tiempo, pero esto no es bueno, es necesario conducir a la persona a que continúe con la siguiente etapa para la elaboración de su duelo. Aquí la persona niega lo acontecido y evade la realidad del fin que se aproxima o de la pérdida que ya tuvo.

**Etapas de la ira:** Superada la etapa de la negación el doliente siente la necesidad de buscar un culpable que casi siempre es Dios, experimenta ira, dolor, rabia y resentimiento. En este momento es común preguntas como; “¿por qué a mí?”, “¿por qué debo morir?”, “¿por qué murió tan joven?”, Etc., también se dificulta una lectura de fe de lo que se está viviendo, la esperanza en la vida eterna parece ocultarse, todo parece perder sentido. Esto no significa que la persona ya no crea en Dios ni en la vida eterna, solo que es parte del proceso de asimilación y de la elaboración del duelo. Todos estos sentimientos afloran ante la frustración de no poder impedir esta realidad.

---

<sup>10</sup> Hay que aclarar que las etapas del duelo son muchas y que varían según las personas pero aquí nos referimos a las más comunes.

Etapa del pacto: aquí quien está próximo a la muerte tiene un cambio en el estilo de vida a cambio de la posposición de su muerte, y en el caso de los dolientes su pensamiento no hace otra cosa que “revolotear” en un sinfín de posibilidades o cosas que pudo haber hecho para evitar la pérdida de ese ser querido. Aquí todos los esfuerzos y cambios de vida a cambio de la posposición de la muerte o la recuperación de un ser querido por desgracia son en vano, pues dichos esfuerzos no pueden alterar las realidades medicas ni devolver la vida a quien ya la ha perdido. A esta etapa del pacto la sigue una fuerte depresión en la que la tristeza y el vacío se apoderan de quien sufre la pérdida.

Etapa de depresión: Aquí no se habla de una depresión como una patología, sino como un desorden emocional vinculado a la tristeza por una gran pérdida. En estos momentos no hay nada que motive a seguir viviendo, lo que empieza a conducir a un estado de aislamiento.

Etapa de la aceptación: Finalmente se termina aceptando la pérdida, y aprende a convivir con el dolor emocional en un mundo en el que el ser querido ya no está. Aquí ya no hay ira ni depresión, sino que se acepta la muerte. En esta etapa el agonizante se concentra en despedirse cariñosamente de las personas importantes en su vida y en poner sus asuntos en orden, y los dolientes a recordar los buenos momentos vividos con ese ser querido<sup>11</sup>.

Acompañar, por lo tanto, exige estar capacitados y dispuestos a formarse, asesorarse y trabajar en equipo; tener visión del alcance e importancia de la tarea de acompañamiento; clarificar hasta dónde se está dispuesto a llegar y tener decisión para intervenir, implicarse y “complicarse”. En esta mirada se pueden plantear algunas características del acompañamiento:

- Descubrir a la persona.

---

<sup>11</sup> En estas etapas del duelo estudiadas por Elizabeth Kübler-Ross estudiadas en personas con enfermedades terminales, hemos identificado muchas semejanzas en las etapas vivida por quienes han tenido la pérdida de un ser querido haciendo coincidir las etapas en ambos casos aunque expertos en el tema como Norris y Murrell, (1990) las identifiquen con otros nombres (conmoción, protesta y añoranza, desorganización y desesperación y por ultimo una etapa de desapego, reorganización y recuperación)



- Asumir la diversidad.
- Encontrar el tesoro particular.
- Acompañar la integralidad de la persona.
- Aprender a escuchar; aprender a mirar y dejarse transformar por el otro (Riveros, 2011, págs. 14-16).

Todo esto implica aprender a escuchar; aprender a mirar y dejarse transformar por el otro.

Cuando se habla del proceso de la muerte es de suma importancia abarcar ciertos aspectos que ayudan a comprender un poco más su significado, uno de éstos es el acompañamiento que se debe tener para elaborar el duelo, este debe ser acorde a dicho dolor, ya que el dolor siempre tiene la misma intensidad; para comprender la idea de la medida del duelo es necesario entender que éste en todos los aspectos es desconcertante y la forma de acompañar varía según las circunstancias, no es lo mismo para el doliente una muerte esperada (enfermedad, agonía) a un suceso inesperado (un suicidio, un asesinato, un accidente), una enfermedad curable a una enfermedad terminal, la muerte de un adulto o de un niño, de esto depende que el doliente empiece o no a elaborar su duelo, porque cuando son sucesos fortuitos, que no se esperan, se hace más difícil el trabajo de este proceso, pues en primera instancia está el dolor y el no comprender por qué pasó; sin embargo, cuando viene de un suceso esperado, se va elaborando un duelo, y permite que éste sea más fácil de entender y superar. También juega un papel muy importante la naturaleza del apego del doliente según sea, un familiar muy cercano o alguien con afinidad como un amigo, todos estos aspectos cambian la intensidad y la manera de llevar a cabo el duelo.

“El objetivo global del asesoramiento en proceso de duelo es ayudar al superviviente a completar cualquier cuestión no resuelta con el fallecido y a ser capaz de decir un adiós final.” (Worden, 2004, pág. 4).

Así como se interpreta en estas líneas el acompañamiento es fundamental para volver a reconstruir la confianza del doliente, esta confianza que con la muerte se ha perdido, en ese instante disminuyen las expectativas de vida, para él la falta de su ser querido es un verdadero tormento, además de eso la ansiedad hace que la persona experimente que sin él o ella no puede vivir.

En este punto es bueno citar a Lewis (1961), al perder a su esposa, que a su vez es citado por Worden: “Nadie me dijo nunca que el duelo se pareciera tanto al miedo, no tengo miedo, pero la sensación es como de tener miedo. La misma agitación en el estómago, la misma intranquilidad, los bostezos. Continúo tragando saliva” (Worden, 2004).

El comentario deja entre ver que el dolor es una amargura que nubla las facultades humanas, las desconecta y ahoga de una manera súbita lo que es la realidad, el acompañante debe buscar de una manera precisa que esa persona comprenda y aterrice las facultades perdidas, pero todo debe ser con paciencia, la ayuda no se puede dar en el mismo momento del fallecimiento, porque puede llegar a confundir al doliente, esto se debe manejar con tacto y en el momento que el doliente lo requiera, si esto se hace en el mismo instante del suceso no se está dejando que la persona experimente las sensaciones que puede pasar en el momento de la pérdida.

Cuando una persona se encuentra viviendo una pérdida por muerte, es inevitable que entre en un estado de desesperación, de negación, donde no encuentra sentido ni explicación, es por esto que es importante el acompañamiento, para que dicha persona pueda elaborar su duelo satisfactoriamente, pero ¿Quién debe ser ese acompañante? Eso lo determina cada doliente, no es que la escoja, sino que las circunstancias lo presentan, debe ser una persona de confianza que entienda lo que se está viviendo y que este en la capacidad de acompañar, escuchar y respetar esta situación.

En primera instancia solo se debe estar apoyando al doliente, estar a su lado, escucharlo y permitirle que desahogue su tristeza, rabia e impotencia, en este punto no se debe tratar de cambiar su pensamiento o sus argumentos, ya que el dolor lo tiene cegado y/o aturdido frente a esta situación.

Un segundo momento es el acercamiento espiritual, es permitirle que se entregue a Dios y que encuentre en la palabra divina aliciente para su dolor, normalmente en este punto existe un reproche frente a lo espiritual, frente a Dios, ya que aún no se logra entender el por qué la ausencia de su ser amado. Sin embargo, cuando hay una verdadera entrega a Dios se va superando esta etapa, se va entendiendo que esa persona no estará más.

Otro punto importante en el acompañamiento es darle al doliente la esperanza de que todo puede mejorar, pues muchas veces se llega a sentir que no es capaz de seguir adelante, que su vida se desmoronó, todo se torna nublado; ahí juega un papel importante el acompañante pues es el encargado de ayudar a reconstruir esa confianza de que todo va a volver a estar bien.

Un aspecto primordial en el proceso de elaboración del duelo es el tiempo, ya que este no es igual ni en todas las personas, ni en todas las circunstancias, ni mucho menos en todos los duelos. "El tiempo es el mejor amigo", pues es este quien permite ir entendiendo las circunstancias, es con el paso del tiempo donde se comprende el porqué de la muerte, es con el paso del tiempo que se vuelve a tener fe, confianza y con el transcurrir de este dónde se reconstruye la esperanza de un mañana mejor.

Es así pues, que el acompañante debe ser una persona con capacidad de escucha, que esté dispuesto a vivir esta etapa de la mano del doliente, pero sobre todo debe ser una persona que entienda la muerte, que la sienta y que esté dispuesta a ayudar, teniendo en cuenta que el acompañante no es el que tiene que hacer superar en el otro el trauma de la muerte sino que su rol es solo el de acompañar, orientar y ayudar al doliente a encaminar su duelo por el camino de la fe

y de la esperanza. El acompañante es esencial, para que el doliente comprenda que la vida tiene un principio y un fin, es llevarlo a entender que la persona que se marcha está presente con él o ella, que la ayuda, pero no de una manera esotérica o fantasmal, como muchas personas lo hacen ver, pues siendo así lo que hace es que se retrase la búsqueda de un alivio interior, pues el difunto muere en su totalidad corpórea, más bien la ayuda es de una manera espiritual, de apoyo y de fortaleza.

El contexto de la situación de muerte de un ser querido, o la cercanía de una muerte en caso de una enfermedad terminal, es un contexto de mucha sensibilidad; de aquí que la propuesta pastoral de este estudio se centre en el tema del acompañamiento, ya que es indispensable y más aún cuando la sensibilidad está a flor de piel. Hay que decir que no todas las personas viven un duelo de la misma forma que las otras, hay personas que por su psicología y temperamento son capaces por sí solas de elaborar un duelo sin necesidad de un acompañamiento, otras son más frágiles y cuando se acercan a la experiencia de la muerte necesitan obligatoriamente de la compañía de alguien que la fortalezca y la ayude a superar su pérdida. Es necesario que el acompañante sea una persona equilibrada y con una madurez personal que ayude y sepa orientar al doliente; debería ser una persona espiritual y creyente, que fortalezca la fe y reavive la esperanza del doliente muchas veces perdida y opacada por el desánimo de la misma situación de pérdida por la que está pasando; también una persona respetuosa y delicada en el trato, pues ante tanta sensibilidad en los dolientes cualquier palabra puede herir y hacer mucho daño; tener al menos un conocimiento básico para hacer una contención, unos primeros auxilios respecto a la esperanza. También es necesario que el acompañante sea un ser un convencido de su fe y de lo que dice, que su palabra sea alentadora y no que fomente el desánimo, que no trate solo de dar una respuesta a todo lo que pregunte el doliente, sino que lo ayude aún con su silencio y su compañía.

## PAUTAS PASTORALES EN EL ACOMPAÑAMIENTO

Familiarizarse con el proceso del duelo, conocer un poco de las etapas del duelo, lo que caracteriza cada una de ellas; los cambios de ánimos, las negaciones, la ira, etc., esto le permitirá acompañar a quien sufre con mayor equilibrio y serenidad.

- Concientizar al doliente de la realidad de la pérdida; no es una pesadilla, es una realidad y hay que asumirla, teniendo en cuenta que el asumir la realidad que vive sea muchas veces lenta. En este momento es útil visitar el cementerio, hablar de detalles de los últimos momentos de la enfermedad del finado o de sus exequias.

- Acoger todas las formas en las que el doliente exprese su dolor; dejarlo que llore, animarlo a expresar todo lo que siente y nunca buscar que reprima nada en su interior.

- No tratar de minimizar el sufrimiento que conlleva una muerte tratando de matizar la tragedia con frases imprudentes que llegan a hacer más daño del que se alcanza a imaginar, es irrespetar el dolor del otro.

- Permanecer en contacto con los dolientes durante un tiempo considerable, pues es una realidad que el día de las exequias son muchas las personas que acompañan a los dolientes, pero el gran vacío lo empiezan estos a experimentar en los días siguientes.

- El acompañante debe ser muy respetuoso con cada una de las reacciones del doliente y con su proceso de elaboración del duelo.

- Debido a su sensibilidad y a su vulnerabilidad, el doliente no debe tomar decisiones importantes en esos momentos de duelo, el acompañante debe velar y animarlo a que le de espera a ese tipo de decisiones.

- Fomentar en los dolientes el cultivo de los buenos recuerdos tenidos del ser fallecido, recordarlo con alegría ayudará a superar el duelo.

- Motivar o ayudar al doliente a desprenderse internamente de ese ser querido que ha partido de este mundo, desprenderse del dolor de no tenerlo físicamente y empezar a valorar que vivirá para siempre en sus recuerdos y su corazón.

- El acompañante como buen cristiano debe convertirse en signo de esperanza para el doliente. Como cristianos se tiene una creencia y una fe puesta en la esperanza, en Cristo, en su resurrección, en que todo no acaba con la muerte, el acompañante debe ser un convencido de esto. Es la esperanza la palabra clave y que necesita escuchar quien se haya sumergido en el dolor, es la que salva y libera de la tristeza.

- Es bueno acompañar al doliente a buscar nuevas razones para vivir, nuevas relaciones que la vayan conduciendo a salir poco a poco de la soledad y la tristeza

- El acompañante tiene que velar y estar atento que el proceso del doliente no se convierta en un duelo patológico, si esto ocurre debe recurrir a la ayuda de un profesional en el tema.

## CONCLUSIONES

Existe una realidad que está latente en la vida de todos los seres humanos y esa realidad es la muerte, vista esta como una pérdida irremediable, sin embargo, desde las concepciones de cada quien se abordan y se logra enfrentar de diferente manera; en el caso de este trabajo y teniendo en cuenta que es realizado desde el rastreo bibliográfico, la confrontación de autores, haciendo un recorrido por temas afines a la muerte en relación con la Spe Salvi como los son, la fe y la esperanza, se llega a concluir que:

1. La Spe Salvi ayuda a mirar la muerte con otros ojos y prepara al hombre a enfrentarla y asumirla ya no como una derrota, sino más bien como un paso significativo que el viviente debe afrontar, conocer y aceptar, comprendiendo que la vida no tiene un fin sino un eterno retorno al padre.

2. Desde lo antropológico, el hombre no está preparado para la muerte, puesto que sólo está preparado para afrontar la vida; sin embargo, cuando se enfrenta a algunas instancias de la muerte, ésta lo pone en situación de entenderla y aceptarla.

3. Desde lo eclesiológico, la Iglesia es la custodia de la fe cristiana, permite mantener la esperanza y aceptar la muerte no como fin, sino como ese punto de partida hacia la vida eterna.

4. Teológicamente la muerte tiene un sentido esencial para el cristiano, pues es la trascendencia del ser hacia lo divino; cuando el creyente está entregado a su fe logra entender la muerte como ese paso espiritual y no como una muerte infinita sino corpórea, donde el ser llega a vivir ese trascender con Dios.

5. En lo pastoral, se debe aceptar que en la muerte el verdadero afectado es el doliente, es fundamental el acompañamiento asertivo para ayudar a la persona que ha quedado con la soledad, así mismo que le ayude a retomar la vida igual o normal a la que llevaba con la persona que ya no está.<sup>12</sup>

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Acosta, J. J. (1993). *Para comprender la escatología cristiana*. Pamplona: Verbo divino.

Barón, R. A. (1996). P *Psicología* . Mexico: Prentice Hall Hispanoamericana, S. A. págs. 386-388.

BenedictoXVI. (30 de noviembre de 2007). *Vaticano II*. Recuperado de: <http://w2.vatican.va>

BenedictoXVI. (2012). Benedicto XVI. En B. XVI, *La alegría de la fe* (Tercera ed., pág. 144).

Madrid, España: San Pablo.

Blanco, P. (2012). El pensamiento Teológico de Joseph Ratzinger.

Blanco, P. (Noviembre 2015). *El pensamieto Teológico de Joseph Ratzinger*.

---

<sup>12</sup> El dolor siempre tiene la misma intensidad, el dolor todo lo rompe, lo destroza todo.

Fernández, L. (14 de octubre de 2014). *fondazioneratzinger.va*. Recuperado de [www.fondazioneratzinger.va](http://www.fondazioneratzinger.va)

Gelabert, M. (2008).

Ocáriz, F. (s.f.). *collationes*. Recuperado de: <http://www.collationes.org>

Riveros, E. (2011). *El acompañamiento y la educación popular*. Bogotá: Kimpres Ltda.

Tamayo. (1993). Para comprender la escatología cristiana. En J. J. Acosta, *Para comprender la escatología cristiana* (pág. 327). Navarra, España: Verbo Divino.

Worden, J. (2004). *El tratamiento del duelo: Asesoramiento Psicológico y terapia*. Barcelona: Paidós Iberica,S.A .